

Harald Jähner

TIEMPO DE LOBOS

ALEMANIA Y LOS ALEMANES

1945-1955

Traducción del alemán por Ibon Zubiaur

Alianza Editorial

Título original: *Wolfszeit. Deutschland und die Deutschen 1945 - 1955*

La traducción de esta obra se ha subvencionado con una ayuda del Goethe-Institut.



Créditos de las imágenes: © ACI / DPA; Album; Contactphoto; Cordon Press; Getty Images; 2024 Photo Scala, Florence/bpk, Bildagentur fuer Kunst, Kultur und Geschichte, Berlin.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2019 by Rowohlt - Berlin Verlag GmbH, Berlin

© de la traducción: Ibon Zubiaur, 2024

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024

Calle Valentín Beato, 21; 28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-720-7

Depósito Legal: M. 8.290-2024

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

ÍNDICE

PRÓLOGO	9
1. ¿HORA CERO?	17
Nunca hubo tanto comienzo. Ni tanto final	17
2. EN RUINAS	29
¿Quién va a despejar todo esto? Estrategias de desescombro... ..	29
Belleza de las ruinas y turismo de ruinas	42
3. LA GRAN MIGRACIÓN	53
Trabajadores forzosos liberados y presos deambulando: apátri- das para siempre	58
Los desplazados y el turbador encuentro de los alemanes con- sigo mismos	77
En la carretera	94
4. FIEBRE DE BAILE	103
«Sana, sanita, mi pobre Mainz en ruinas»	110
5. <i>AMOR 47</i>	125
El retorno de los hombres quemados	125
<i>Constanze</i> se pasea por el mundo	135
«Ávida de vida, sedienta de amor»	142
Excedente de mujeres: ser minoría les permite a los varones mantener la supremacía	148
Presa fácil en el Este	154
Veronika Dankeschön en el Oeste	158

6.	ROBAR, RACIONAR, TRAPICHEAR: LECCIONES DE ECONOMÍA DE MERCADO.....	175
	Primeras redistribuciones: la ciudadanía aprende a saquear....	176
	La lógica de las cartillas de racionamiento	180
	Un país de rateros: iniciativa y criminalidad	186
	El mercado negro como escuela de ciudadanía	201
7.	GENERACIÓN ESCARABAJO, PRESENTE.....	211
	Reforma monetaria, la segunda hora cero	211
	Wolfsburg, la plantación humana.....	220
	<i>Start-up</i> : Beate Uhse descubre su modelo de negocio de puerta en puerta.....	241
	¿Se hunde Alemania en el fango? El temor al abandono.....	249
8.	LOS REEDUCADORES	257
	Tres escritores trabajando para los aliados la mente alemana ..	257
9.	LA GUERRA FRÍA DEL ARTE Y EL DISEÑO DE LA DEMOCRACIA.....	287
	Hambre de cultura	287
	Cómo el arte abstracto surtió la economía social de mercado.	293
	Cómo la mesa riñón transformó el pensamiento.....	309
10.	LA CLAMOROSA RELEGACIÓN.....	317
	Silenciar, hablar, cerrar filas sin ganas	323
	Fue un milagro que saliera bien	337
	EPÍLOGO. LA FORTUNA	345
	NOTAS	351
	BIBLIOGRAFÍA.....	383
	ÍNDICE ONOMÁSTICO	393
	REFERENCIAS DE TEXTO	399
	AGRADECIMIENTOS	401

PRÓLOGO

El 18 de marzo de 1952 apareció en el *Neue Zeitung* un texto del escritor y lector editorial Kurt Kusenberg. Se titulaba «Nada es evidente. Elogio de un tiempo de miseria». Tan solo siete años después de finalizar la guerra, el autor añoraba en él las semanas de desconcierto que siguieron. Aunque no funcionaba nada, ni el correo, ni el tren, ni el transporte, pese al desvalimiento, al hambre y a más de un cadáver que seguía bajo los escombros, aquellas semanas le parecían en retrospectiva una buena época. «Como niños», la gente habría empezado tras la guerra «a anudar de nuevo la rasgada red de las relaciones humanas». ¿Como niños?

Kusenberg recomendaba enfáticamente a sus lectores retrotraerse a aquel «tiempo hambriento, astroso, helado, mísero, peligroso», cuando, en ausencia de un orden estatal, la población dispersa hubo de definir de nuevo la moral y la cohesión social: «La decencia no excluía el ingenio y el ardid; ni siquiera robar de la boca. Pero en aquella vida semibandidesca hubo un honor de bandidos que quizá fuera más moral que la conciencia de hierro fundido de hoy».

Curioso. ¿Tanta aventura hubo justo después de la guerra, tanto «honor de bandidos»? ¿Tanta inocencia? Lo que cohesionara a los alemanes hasta el final de la guerra se quebró por fortuna

del todo. El antiguo orden ya no funcionaba, había uno nuevo en las estrellas, y de lo imprescindible se ocupaban los aliados. Apenas cabía llamar sociedad a los cerca de setenta y cinco millones de personas que se reunían en el verano de 1945 en el territorio que le quedó a Alemania. Se hablaba de un «tiempo de nadie», del «tiempo de lobos» en que el hombre se volvió «un lobo para el hombre». Que cada cual se preocupara solo de sí mismo y su recua iba a marcar la autoimagen del país hasta bien entrados los cincuenta, cuando todo llevaba tiempo yendo mejor pero muchos seguían retirándose obstinadamente a la familia como refugio autorreferencial. Hasta en el famoso «Don Sin Mí», el tipo de alemán apolítico mayoritario reprobado a finales de los cincuenta por la Aktion Gemeinsinn*, pervivía —con vestimenta honorable— el lobo al que se había visto degradarse en 1945 a los antiguos camaradas de raza.

Tras la guerra, en Alemania, más de la mitad de las personas no estaban donde debían o querían, entre ellas nueve millones de damnificados por los bombardeos y evacuados, catorce millones de refugiados y desplazados, diez millones de trabajadores forzosos y presos liberados, millones y millones de prisioneros de guerra que iban regresando. Este libro trata de cómo se dispersó y se reencontró de nuevo ese conglomerado de diseminados, deportados, escapados y supervivientes, y de cómo los camaradas de raza volvieron a ser poco a poco ciudadanos.

Es una historia que amenaza con quedar eclipsada bajo el peso de los grandes acontecimientos históricos. Las transformaciones más importantes tuvieron lugar en el día a día, en organizar la comida, por ejemplo, en saquear, cambiar, comprar. También en el amor. Una ola de aventurerismo sexual siguió a la guerra, pero también más de una amarga decepción tras el anhelado regreso de los hombres. Muchas cosas se veían ahora con otros ojos, se quería empezar de nuevo todo, las cifras de divorcios se dispararon.

* «Acción Espíritu Comunitario», asociación independiente fundada en 1957 con el propósito de fomentar la cohesión social (N. del T., como en adelante).

El recuerdo colectivo de la posguerra está marcado por unos pocos iconos que se han grabado a fondo en la memoria: el soldado ruso que le arrebató a una mujer la bicicleta; oscuros personajes del mercado negro apiñándose en torno a un par de huevos; los barracones provisionales en que residen refugiados y víctimas de bombardeos; mujeres mostrándoles anhelantes a los prisioneros de guerra repatriados fotos de sus maridos desaparecidos. Estas pocas imágenes tienen tal fuerza visual que estructuran como una película muda siempre idéntica el recuerdo público de los primeros años de posguerra. Se pasa así por alto media vida.

Mientras que el recuerdo suele bañar el pasado en una luz tanto más benigna cuantos más años nos separan de él, con la posguerra ocurre a la inversa. En retrospectiva se fue volviendo más sombría. Una razón fue la extendida necesidad de los alemanes de verse como víctimas. Cuanto más negros se pintaran los inviernos del hambre de 1946 y 1947, terribles en efecto, tanto menos pesaría al final —debieron de pensar muchos— su culpa.

Si se presta atención, se percibe la risa. En 1946 un espontáneo desfile del Lunes de Carnaval vuelve a recorrer ya la atrozmente despoblada Colonia. La periodista Margret Boveri recordaba un «tremendo aumento de la vitalidad por la continua proximidad de la muerte». Los años en que no hubo nada que comprar fue tan feliz que en adelante decidió no hacer ya más compras mayores.

La miseria no se entiende sin el deseo que genera. Haber escapado a la muerte sumió a los unos en apatía, a otros en una alegría de vivir desconocida y eruptiva. El orden vital estaba desquiciado, familias enteras se habían desgarrado, perdido los viejos vínculos, pero la gente se mezcló de nuevo, y quien fuera joven y audaz sentía el caos como una plaza en la que buscar su suerte a diario. ¿Cómo pudo volver a desaparecer tan rápido en los años del auge esa suerte de libertad experimentada justamente por tantas mujeres? ¿O es que no desapareció en la me-

didada en que lo hacen creer las caricaturas corrientes de los años cincuenta?

El Holocausto desempeñó un papel escandalosamente ínfimo en la conciencia de la mayoría de los alemanes de posguerra. Algunos sí que eran conscientes de los crímenes en el frente oriental, y se admitía cierta culpa básica por haber iniciado la guerra, pero el asesinato de millones de judíos alemanes y europeos no ocupaba espacio en el pensar ni en el sentir. Solo unos pocos, como el filósofo Karl Jaspers, lo abordaban en público. Ni siquiera en las muy discutidas confesiones de culpa de la iglesia evangélica y la católica se mencionaba expresamente a los judíos.

La inconcebibilidad del Holocausto se extendió también de modo pérfido al país de los perpetradores. Los crímenes poseían una dimensión que, ya mientras eran cometidos, los relegaba de la conciencia colectiva. Que hasta los bienintencionados se negaran a pensar en qué iba a ocurrir con sus vecinos deportados ha minado hasta hoy la confianza en el género humano. Pero a quien menos afectó es a la mayoría de los contemporáneos de entonces.

La omisión y el silenciamiento de los campos de exterminio continuaron tras el final de la guerra, aunque los aliados intentaran confrontar forzosamente a los vencidos con los crímenes nazis mediante películas como *Los molinos de muerte*.

Helmut Kohl habló de la «gracia de haber nacido tarde», aludiendo a lo fácil que es hablar desde una generación posterior. Pero hubo también la gracia de los horrores vividos. Las noches de bombardeos padecidas, los durísimos inviernos de los primeros años de posguerra y la lucha por sobrevivir en circunstancias anárquicas no dejaron a muchos alemanes pensar en el pasado. Se veían a sí mismos como víctimas, ahorrándose así pensar en las reales. Para su dudosa suerte. Pues quien entre los que se habían mantenido medianamente decentes hubiera admitido en toda su amplitud el asesinato en masa sistemático cometido en su nombre, con su consentimiento y gracias a su pos-

tura de hacer la vista gorda, apenas habría sido capaz de reunir el ánimo vital y la energía que fueron necesarios para soportar los años de posguerra.

El instinto de supervivencia apaga los sentimientos de culpa: es un fenómeno colectivo que cabe estudiar en los años posteriores a 1945 y que ha de socavar profundamente la confianza en los seres humanos y en los fundamentos del propio yo. Cómo aun así, sobre la base de la omisión y el falseamiento, pudieron surgir dos sociedades a su modo antifascistas, dignas de confianza, supone un enigma al que este libro querría acercarse sumergiéndose en los retos extremos y los estilos de vida peculiares de los años de posguerra.

Aunque libros como el diario de Anne Frank o *El Estado de la SS* de Eugen Kogon perturbaban la omisión, muchos alemanes solo empezaron a afrontar los crímenes cometidos con los juicios de Auschwitz, a partir de 1963. A los ojos de la generación siguiente, se habían desacreditado al máximo entre otras cosas por esa tardanza, aunque los hijos se beneficiaran considerablemente en lo material del logro relegatorio de sus padres. Rara vez en la historia se libró un conflicto generacional con más encono, rabia y a la vez petulancia que por los adolescentes de 1968 y sus acompañantes académicos.

Nuestra impresión de los años de posguerra está marcada por la perspectiva de los entonces jóvenes. La indignación de los hijos antiautoritarios contra una generación paterna que solo cabía amar con la mayor dificultad fue tan grande, y su crítica tan elocuente, que el mito de la podredumbre que lo sofocaba todo y que hubieron de limpiar ellos sigue dominando la imagen de los años cincuenta, pese a investigaciones más ponderadas. La generación de los nacidos en torno a 1930 se deleita en el papel de los que hicieron habitable la República Federal y llenaron de afecto la democracia, y alimenta una y otra vez esta imagen. Lo cierto es que uno puede sentirse asqueado ante la fuerte presencia de antiguas élites nazis en los cargos de la RFA, o ante el empecinamiento con que se impuso la amnistía a los

perpetradores nazis. Pero lo que una y otra vez permitió descubrir la investigación para este libro es que aun así la posguerra fue más controvertida, su estilo de vida más abierto, sus intelectuales más críticos, su espectro de opinión más amplio, su arte más innovador, su día a día más contradictorio de lo que invita a creer hasta hoy la idea del giro epocal de 1968.

Hay otra razón por la que los cuatro primeros años de posguerra en especial suponen un punto relativamente ciego en el recuerdo histórico. Entre los grandes temas de investigación conforman algo así como un tiempo de nadie del que, por decirlo así, nadie es del todo responsable. Uno de los grandes temas de la historia escolar se ocupa del régimen nazi y finaliza con la capitulación de la Wehrmacht alemana; el otro cuenta la historia de la RFA y de la RDA, que arranca en 1949, y a lo sumo se detiene en la reforma monetaria y el bloqueo de Berlín como antecedentes de la fundación de ambos Estados. Los años entre el final de la guerra y la reforma monetaria, el «Big Bang» económico de la RFA, son para la historiografía en cierto modo un tiempo perdido, porque les falta el sujeto institucional. Nuestra historiografía sigue estructurándose en esencia como historia nacional, centrada en el Estado como sujeto político. Pero tras 1945 hubo nada menos que cuatro centros políticos responsables de los destinos alemanes: Washington, Moscú, Londres y París; condiciones poco favorables para una historia nacional.

También el relato de los crímenes cometidos contra los judíos y trabajadores forzosos suele acabar con la feliz liberación de los supervivientes por los soldados aliados. ¿Pero qué ocurrió luego con ellos? ¿Cómo se comportaron los cerca de diez millones de presos famélicos y deportados de su patria, una vez sin vigilancia, en el país de sus verdugos y asesinos de sus allegados? Analizar cómo interactuaron los soldados aliados, los alemanes vencidos y los trabajadores forzosos liberados revela uno de los aspectos más tristes, pero también más fascinantes de los años de posguerra.

En el curso del libro el foco se desplaza desde el lado civilizatorio del día a día, de desescombrar, amar, robar y comprar, hacia el cultural, hacia la vida del espíritu y hacia el diseño. Se plantean ahí con tanto mayor intensidad cuestiones de la conciencia, la culpa y el olvido. Y tanto más significativas pasan a ser las instancias de desnazificación, que tuvo también un lado estético. Que justamente el diseño de los años cincuenta sea de fama tan duradera tiene una razón en su asombrosa potencia: remodelando su entorno, los alemanes se transformaron a sí mismos. ¿Pero fueron de verdad los alemanes quienes cambiaron tan radicalmente el aspecto de su mundo? En paralelo al diseño se desató una lucha en torno al arte abstracto en que también las potencias ocupantes manejaban los hilos. Se trató del aderezo estético de las dos repúblicas alemanas, nada menos que del sentido de la belleza en la Guerra Fría. De ahí que se implicara hasta la CIA.

Después de la guerra era mucho más habitual que hoy dárseles de esteta, fino e incansablemente inmerso en charlas serias, como si se pudiera enlazar directamente con las formas de trato del final del siglo XIX transfigurado a buenos viejos tiempos. Hoy sabemos mucho del Holocausto. Lo que no sabemos tan bien es cómo se pudo seguir viviendo a su sombra. ¿Cómo habla de moral y cultura un pueblo en cuyo nombre han sido asesinadas previamente varios millones de personas? ¿Tiene que renunciar por decencia a hablar de la decencia? ¿Dejar que sus hijos averigüen por sí mismos lo que es bueno y malo? Las tramas de interpretación mediáticas proliferaron, igual que los demás gremios de la reconstrucción. Todo el mundo hablaba de «hambre de sentido». Filosofar «en las ruinas de la existencia» suponía mandar de saqueo espiritual a la conciencia. Se robaba sentido como se robaban patatas.



Técnicas de supervivencia en la ciudad. Un niño recoge leña de las ruinas de Múnich en otoño de 1945.

¿HORA CERO?

Nunca hubo tanto comienzo. Ni tanto final

El crítico de teatro Friedrich Luft vivió el final de la guerra en un sótano. Allí abajo, en una mansión cerca de la Nollendorfplatz de Berlín, entre «olor a humo, sangre, sudor y alcohol», resistió los últimos días de la batalla final con otras personas de la zona. En el sótano se estaba más seguro que en los pisos, expuestos al fuego cruzado del Ejército Rojo y la Wehrmacht.

Fuera era el infierno. Si se asomaba uno, veía un tanque alemán moverse desvalido entre las ascuas de los bloques, pararse, disparar, girarse. De vez en cuando un civil, precipitándose de un resguardo a otro, cruzaba a trompicones la calzada reventada. Una madre salía apresurada con su cochecito de un edificio cañoneado y en llamas en dirección al siguiente búnker¹.

A un anciano que llevaba todo el tiempo sentado cerca de la tronera lo despedazó una granada. Una vez entraron soldados de una oficina del Mando Supremo de la Wehrmacht, «tipos crispados, abúlicos, enfermos». Cada uno llevaba una caja con ropa

de civil para esfumarse «en caso de emergencia», según dijeron. ¿Cuánta emergencia faltaba por llegar? Largaos de aquí, sisearon los habitantes del sótano. Nadie quería estar cerca de ellos «cuando acabara todo». El cadáver del temido guarda del bloque pasó arrastrado en una carreta; se había tirado por la ventana.

De pronto alguien se acordó de que en la casa de enfrente quedaba un montón de esvásticas y fotos de Hitler. Un par de valientes cruzaron para quemarlo todo antes de que llegaran los rusos. Cuando arreció el fuego y el crítico miró con cautela por el tragaluz del sótano, divisó una patrulla de SS acechando a su vez desde lo que quedaba de un muro. Los hombres seguían «peinando» en busca de remolones que llevarse consigo a la muerte.

Luego remitió el fuego. Cuando subimos cautelosos la estrecha escalera tras una eternidad de espera a la escucha, llovía suave. En las casas más allá de la Nollendorfpfplatz vimos relucir banderas blancas. Nos atamos harapos blancos en el brazo. Para entonces dos rusos saltaban ya el mismo muro desde el que poco antes habían asomado amenazantes los SS. Alzamos los brazos. Señalamos nuestras cintas. Ellos negaron con un gesto. Sonrieron. La guerra había terminado.

Para Friedrich Luft, lo que después se llamaría la «hora cero» llegó el 30 de abril. A 640 kilómetros al oeste, en Aquisgrán, la guerra ya llevaba medio año acabada en esos momentos; fue la primera ciudad alemana que tomaron los estadounidenses, en octubre de 1944. En Duisburg la guerra terminó el 28 de marzo en los barrios a la izquierda del Rin y solo dieciséis días más tarde a la derecha del río. Hasta la capitulación oficial de Alemania conoce tres fechas. El coronel general Alfred Jodl firmó el 7 de mayo en Reims la capitulación incondicional en el cuartel general del comandante estadounidense Dwight D. Eisenhower. Aunque el documento reconocía expresamente como vencedores a los aliados occidentales y al Ejército Rojo, Stalin insistió en repetir la ceremonia, y el 9 de mayo Alemania capituló de nuevo; el firmante fue esta vez el mariscal de campo Wilhelm Keitel,

en el cuartel general soviético de Berlín-Karlshorst. Para los libros de historia las potencias vencedoras acordaron el día intermedio, el 8 de mayo, cuando en realidad no ocurrió nada a ese respecto².

Para Walter Eiling, en cambio, tampoco cuatro años después había llegado la hora cero. Seguía en el penal de Ziegenhain por «falta contra el decreto de parasitismo público». El camarero de Hessen había sido detenido en 1942 por comprar un ganso, tres pollos y diez libras de carne salada en Navidades. Un tribunal rápido nazi lo condenó a ocho años de cárcel con prisión cautelar posterior por «desacato a las normas de economía de guerra». Tras finalizar la guerra, Walter Eiling y su familia confiaban en una pronta liberación. Pero las autoridades judiciales no estaban por la labor de retomar el caso. Al revocar al fin la desorbitada condena el ministro de Justicia del estado de Groß-Hessen, bajo control militar estadounidense, su organismo sostuvo que así se anulaba la pena de presidio, pero no la cautelar. Walter Eiling siguió en prisión. Nuevas solicitudes de liberación fueron rechazadas con el argumento de que el preso era lábil, tendía a la arrogancia y aún no estaba listo para trabajar.

En la celda de Eiling, el dominio del régimen nazi perduró tras la fundación de la RFA³. Destinos como el suyo fueron la razón de que el concepto de «hora cero» acabara siendo tan controvertido. En las empresas, aulas y despachos de la RFA siguió trabajando alegremente el grueso de la élite nazi. Hablar de una hora cero venía a ocultar esas continuidades. Pero por otro lado sirvió para subrayar la voluntad de nuevo comienzo y recalcar una clara cesura normativa entre el antiguo y el nuevo Estado, aunque por supuesto la vida siguiera y arrastrase una notable herencia del Tercer Reich. Además, el concepto de hora cero resultaba de una evidencia tan inmediata para muchas personas, dado el drástico corte vivido, que no solo ha seguido usándose hasta hoy, sino que experimenta incluso un renacer en la historiografía⁴.

Mientras que en la celda de Walter Eiling el régimen de injusticia persistió en toda su brutalidad, en otras partes colapsó cualquier forma de orden público. Los policías se miraban perplejos sin saber si aún lo eran. Quien llevaba uniforme se lo quitaba, lo quemaba o lo teñía. Los altos cargos se envenenaban, los bajos se tiraban por la ventana o se cortaban las venas. Comenzó un «tiempo de nadie»; las leyes quedaron en suspenso, nadie se encargaba de nada. Nadie era dueño de algo, salvo que tuviera el trasero bien plantado encima. Nadie era responsable, nadie brindaba protección. El viejo poder había huido, el nuevo aún no estaba; tan solo el ruido de la artillería indicaba su próxima llegada. Hasta los más distinguidos se daban ahora al saqueo. Se forzaban en pequeñas hordas almacenes de alimentos, se peñaban viviendas abandonadas en busca de algo comestible y un lugar donde dormir.

El 30 de abril, junto con la periodista Ruth Andreas-Friedrich, el médico Walter Seitz y el actor Fred Denger, el director de orquesta berlinés Leo Borchard se encontró un buey blanco en medio de la disputada capital. El grupo acababa de guarecerse de un ataque aéreo a baja altura cuando se toparon con el animal, ileso y bonachón, un cuadro surrealista entre el horror humeante. Lo rodearon y lo guiaron por los cuernos con cuidado. Lo cierto es que lograron atraer al buey al patio trasero del edificio en que se habían refugiado. ¿Y ahora qué? ¿Cómo matan cuatro urbanitas cultos a una res? El director de orquesta, que hablaba ruso, se atrevió a abordar a un soldado soviético ante la casa, y este les ayudó a abatir al animal con dos tiros de pistola. Los amigos pasaron a ocuparse vacilantes del cadáver con cuchillos de cocina. Pero no pudieron seguir mucho tiempo a solas con su botín. «De repente, como si la hubiera vomitado el infamundo, se aglomera junto al buey muerto una turba ruidosa», anotó después en su diario Ruth Andreas-Friedrich. «Brotan desde cien sótanos. Mujeres, hombres, niños. ¿Los ha atraído el olor a sangre?» Y pronto todos se pelean por los trozos de carne. Cinco puños ensangrentados le arrancan al buey la lengua de la

garganta. «¿De modo que esta es la hora de la liberación? ¿El momento que hemos estado esperando doce años?»⁵

El Ejército Rojo necesitó once días para abrirse paso hasta los últimos barrios del centro desde que cruzara el primer límite de la ciudad en Malchow. De modo que tampoco aquí, en la capital, finalizó la guerra al mismo tiempo en todas partes. Otra periodista en Berlín, Marta Hillers, llamada más tarde Anónima, se atrevió tan solo el 7 de mayo a volver a recorrer con su bicicleta las calles en ruinas. Pedaleó curiosa desde Berlín-Tempelhof un par de kilómetros en dirección al sur y anotó esa tarde en su diario:

Aquí la guerra queda un día más atrás que en nuestro barrio. Se ve ya a civiles barriendo la acera. Dos mujeres arrastran y empujan un carro quirúrgico completamente calcinado, seguramente sacado de las ruinas. Encima yace una anciana bajo una manta, con la cara anémica; pero aún vive. Cuanto más avanzo, más retrocede la guerra. Aquí se ve ya a alemanes charlando de pie en grupos. En nuestra zona la gente aún no se atreve⁶.

Una vez troceado y despedazado el buey blanco, el director Borchard y sus amigos entraron en una vivienda bombardeada y registraron los armarios. En vez de comida, hallaron solo grandes cantidades de polvo efervescente, que se metieron en la boca riéndose joviales. Cuando entre muchas bromas se probaron también algunas ropas, les asustó de pronto la propia osadía. Se disipó el alborozo y se tendieron los cuatro acongojados a pasar la noche en la cama matrimonial de los desconocidos residentes, que según la placa del timbre se llamaban Machulke. «Mi casa y mi hogar cien doblas val», rezaba un bordado de seda sobre la cama.

Al día siguiente Ruth Andreas-Friedrich empezó a recorrer la ciudad, buscando un primer contacto con colegas, amigos, parientes. Como todos, estaba ansiosa de novedades, informes, valoraciones. Un par de días después la vida en Berlín se había calmado ya hasta el punto de que pudo volver a instalarse en su

maltrecha vivienda. En el balcón se montó un fogón provisional con piedras sobrantes para poder calentar algo. Una robinsonada en mitad de la gran ciudad. En gas y electricidad no cabía pensar.

En su diario anotaba bruscos cambios de humor. Hitler estaba muerto, era verano, y ella quería hacer al fin algo con su vida. No podía esperar a volver a desplegar su capacidad, su don de observación, su talento escritor. Apenas dos meses después del final de la guerra escribía en un momento de euforia:

Toda la ciudad vive en un fervor expectante. Querríamos matarnos a trabajar, querríamos tener mil manos y mil cerebros. Están ahí los americanos. Los ingleses, los rusos. Los franceses deben de estar llegando. [...] Depende solo de que estemos en el centro de la actividad. De que las potencias se encuentren en nuestras ruinas y demos a los representantes de esas potencias que nuestro celo va en serio, ilimitadamente en serio los esfuerzos de reparación y ascenso. Berlín avanza a toda máquina. Si nos entienden y perdonan ahora, lo lograrán todo de nosotros. ¡Todo! Que abjuremos del nacionalsocialismo, que hallemos mejor lo nuevo, que trabajemos y mostremos fundamentalmente buena voluntad. Nunca estuvimos tan dispuestos a la redención⁷.

Cabría suponer que el ánimo de los berlineses estaría como su ciudad: destrozado, vencido, ruinoso. En vez de ello la periodista de 44 años sentía un «fervor expectante», y ni mucho menos era la única. Veía a toda la ciudad más que dispuesta a ponerse manos a la obra. Ruth Andreas-Friedrich había pertenecido al pequeño grupo de resistencia «Tío Emil»; en el memorial Yad Vashem de Jerusalén es honrada como «Justa entre las naciones». No fueron pues solo los alemanes insensibles los que quisieron volcarse en el trabajo, los incapaces de duelo. Apenas pasados dos meses del suicidio de Hitler, Berlín —en palabras de esta opositora al nazismo— ya quiere volver a estar en el «centro de la actividad», quiere ascenso y perdón.

Detrás de este clamor por un nuevo comienzo quedaba el final de un suplicio del que todos percibieron solo una parte

minúscula. Entretanto una tercera generación de historiadores se aplica a exponerlo y a hacer siquiera remotamente comprensibles las dimensiones del espanto. Siguen siendo inimaginables. Nadie puede concebir lo que suponen sesenta millones de muertos. Hay claves para hacer al menos más tangibles las dimensiones estadísticas. Cuarenta mil personas sucumbieron a la tormenta de fuego durante los bombardeos de Hamburgo en el verano de 1943, un infierno que en su atroz plasticidad arraigó hondo en la memoria. Costó la vida a casi el tres por ciento de la población de la ciudad. Por terribles que fueran estos hechos, el porcentaje de víctimas en Europa fue más del doble de alto. La guerra costó la vida al seis por ciento de todos los europeos. La densidad de la catástrofe que se abatió sobre Hamburgo vale así en doble medida para Europa, vista en su conjunto. En Polonia fue asesinada incluso una sexta parte de los habitantes, seis millones de personas. La peor suerte la corrieron los judíos. En sus familias no se contaban los muertos, sino los supervivientes.

El historiador Keith Lowe escribe: «Hasta los que sufrieron la guerra, los que presenciaron masacres, los que vieron campos atestados de cuerpos sin vida y fosas comunes rebosantes de cadáveres son incapaces de comprender la verdadera magnitud de la matanza que tuvo lugar en toda Europa»⁸. Así fue en especial nada más acabar la guerra. Bastante superado estaba cada cual con el caos que se encontró al salir con los brazos en alto del refugio. ¿Cómo iban a reponerse nunca de aquel desastre, y más en Alemania, que tenía la culpa de todo? Hubo no pocos a los que ya haber sobrevivido les pareció una injusticia y que, siquiera de modo retórico, odiaron su corazón por seguir latiendo.

El propio Wolfgang Borchert, muerto a los 26 años y al que la posteridad conservaría en el recuerdo como tétrico especialista del lamento, intentó transformar el peso de sobrevivir en un enfático manifiesto de su generación. En 1941 Borchert había sido alistado por la Wehrmacht y enviado al frente oriental. Allí fue castigado repetidas veces por «desmoralizar a la tropa». Marcado por las experiencias del frente y de la cárcel y por una afec-



No girarse, mirar hacia delante. Una pequeña familia afronta el futuro. Tras ella, los restos de Múnich.

ción hepática no tratada, regresó en 1945 a Hamburgo tras recorrer a pie 600 kilómetros. Allí escribió el texto de página y media «Generación sin adiós». En él cantaba con salvaje intrepidez el surgimiento de una generación cuyo pasado había sido literalmente acribillado. Como apunta el título «Generación sin adiós», ese pasado no estaba disponible para la psique, ya fuera porque era inimaginable, resultaba traumático o había sido vilmente reprimido. «Generación sin adiós» supone un manifiesto de la hora cero: «Somos la generación sin vínculo y sin hondura.

Nuestra hondura es abismo. Somos la generación sin dicha, sin patria y sin adiós. Nuestro sol es angosto, nuestro amor cruel, nuestra juventud es sin juventud»⁹.

El texto rapsódico de Borchert, con su martilleo monótono, se caracteriza por una desorientación cargada de ímpetu. La estiliza no sin orgullo a pose de frialdad osada. Bastante se habría despedido ya esa juventud de los muertos para poder sentir aún despedida; aunque en realidad los adioses serían «legión». Las últimas líneas del texto hablan de la energía que hasta este joven mortalmente enfermo pensaba reunir para el futuro:

Somos una generación sin regreso, pues no tenemos nada a lo que pudiéramos regresar. Pero somos una generación de la llegada. Quizá seamos una generación llena de llegada a una nueva estrella, a una nueva vida. Llenos de llegada bajo un nuevo sol, a nuevos corazones. Quizá estemos llenos de llegada a una nueva vida, a una nueva risa, a un nuevo dios. Somos una generación sin adiós, pero sabemos que toda llegada nos pertenece.

«Generación sin adiós» es la declaración de principios poética de una cohorte de disgregados que no tiene ganas de mirar atrás. La turbadora negativa de muchos alemanes a preguntarse cómo pudo ocurrir todo aquello es elevada aquí casi a programa. Se borra la pizarra de lo vivido y se deja libre para una nueva escritura, «un nuevo dios». Llegada a un nuevo astro.

Hablar al respecto de «omisión» se quedaría corto. Es programa consciente. Aquí se empieza con énfasis y se acaba con amargura. Wolfgang Borchert sabía perfectamente que la *tabula rasa* es una ilusión, un puro ensueño. Nadie necesitaba explicarle lo que es el tormento de los recuerdos. El olvido era la utopía del momento.

Un poema de la hora cero alcanzó incluso estatus de manifiesto. Es el famoso «Inventario» de Günter Eich, escrito a finales de 1945. En él un hombre enumera sus bienes, su ajuar para el nuevo comienzo.